

Encuentro de Leopoldo Zea con Mendoza

María Elena Rodríguez Ozán*

La revista *Cuyo* realiza un homenaje a Leopoldo Zea. Además está decir la satisfacción que esta iniciativa me produce. Durante muchos años me dediqué a analizar y publicar, en artículos y conferencias, diferentes aspectos de su obra. A comienzos de los ochenta me propuse trabajar otros temas, siempre dentro de la historia de las ideas. Motivos personales me hicieron tomar esta decisión, ya que mi relación con él había cambiado, pensaba que lo que hiciera iba a parecer poco objetivo y que, por lo demás había muchos académicos que se ocupaban del tema con otra perspectiva. A partir de entonces son contadas las veces que volví sobre la obra de Zea y en todos los casos fue porque se trataba de homenajes en los cuales sus ideas eran el tema central. En esta oportunidad en cambio quisiera compartir algunos recuerdos entrañables, que no se refieren estrictamente al análisis de su obra ni a su tarea académica, pero que por eso mismo no hay otra persona que los pueda relatar.

Leopoldo Zea llegó a la Argentina por primera vez en 1945 y permaneció en Buenos Aires alrededor de tres meses. Poseedor de una beca Rockefeller para investigar el positivismo en varios países de América Latina, contó con el gran apoyo de Francisco Romero, de quien guardó un entrañable recuerdo a lo largo de su vida. De este viaje, en el cual no sólo hizo investigación, sino que se interesó mucho en vincular a todos los intelectuales que trabajaban en forma aislada, han escrito los mismos participantes. Sólo mencionaré como ejemplo al filósofo uruguayo Arturo Ardao o al crítico brasileño Antonio Cândido, quienes han dejado su testimonio.

Varias veces viajó Zea a la Argentina pero es en 1956 que por iniciativa de Adolfo Ruiz Díaz, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, que la Universidad Nacional de Cuyo lo invita a dar una conferencia. En mal momento le tocó

* Profesora e investigadora en la Universidad Nacional Autónoma de México-UNAM.
<zea@servidor.unam.mx>

llegar; los profesores estábamos entonces en una de las tantas huelgas con que los vaivenes de la política nacional afectaron a la vida académica.

En 1961, con motivo de la Asamblea General del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH), llegó nuevamente Zea a Buenos Aires, en esta oportunidad como integrante de la delegación mexicana y como Director General de Relaciones Culturales de la cancillería mexicana. Los profesores de la Facultad de Filosofía y Letras asistimos a la asamblea ya que las autoridades de nuestra Universidad de Cuyo nos invitaron, incluso a los profesores adjuntos, como era mi caso. Por iniciativa del Maestro Silvio Zavala, en esa época Presidente de la Comisión de Historia y Embajador de México en la UNESCO, conocí a Leopoldo Zea. Él ya tenía relación con otro profesor mendocino, Arturo Andrés Roig, también dedicado a la historia de las ideas. La colaboración con Roig duró toda su vida, y siempre fue fraterna y frecuente. Son innumerables los congresos y conferencias en que participaron juntos.

Desde comienzos de 1962 me integré, con una beca de la OEA, al Seminario que Zea daba en la UNAM y posteriormente me designaron como su profesora adjunta para colaborar en El Colegio de México, en donde estaba trabajando desde hacía un año por sugerencia del medievalista mexicano Luis Weckmann, que me invitó a dictar la parte española de su curso de historia medieval.

En la década de los sesenta Zea comenzó a frecuentar a otro profesor mendocino, Mauricio López. Era, quizás, a quien veíamos con más frecuencia, ya que su trabajo en la organización mundial de las iglesias protestantes lo hacía viajar a México todos los años. Numerosas fueron las veces que Zea colaboró en los distintos eventos académicos que Mauricio López tenía que organizar, en la ciudad de México. Mucho fue lo que lamentó su desaparición en 1977. Escribió numerosas cartas a los organismos internacionales y a las universidades para que participaran en su búsqueda. Cuando años más tarde, en una reunión organizada por Alejandro Serrano Caldera, embajador de Nicaragua en París, encontramos a Julio Cortázar, recordamos juntos su triste desaparición y Cortázar comentó todos los esfuerzos que habían hecho en Francia y Europa los intelectuales y los grupos religiosos por lograr encontrarlo con vida.

Zea siguió ligado a Mendoza por Arturo Roig, sus discípulos y los profesores que trabajaban en Historia de las Ideas. Asistía todas las veces que podía y

lo invitaban a las reuniones que se hacían en la Universidad de Cuyo. También estuvo muy vinculado a profesores de otras especialidades, como fue el caso de Carlos Orlando Nállim, dedicado a literatura, a quien frecuentó mucho y recibió en México en diferentes oportunidades.

Posteriormente su relación comenzó a ser estrecha con profesores más jóvenes como Clara Alicia Jalif de Bertranou y en los últimos años Florencia Ferreira de Cassone, sólo por mencionar a las más allegadas.

Clara Alicia Jalif se incorporó activamente a las dos instituciones internacionales que Zea había inspirado y coordinaba. La Federación Internacional de Estudios sobre América Latina y el Caribe (FIEALC) y la Sociedad Latinoamericana de Estudios sobre América Latina y el Caribe (SOLAR). Así en 1993 organizó el IV Congreso de la SOLAR, que se realizó en Mendoza y que ha sido un congreso ejemplar dentro de los muchos que esta sociedad ha organizado hasta ahora. Ella fue presidenta de la SOLAR de 1993 a 1995.

En oportunidad del IV Congreso de la SOLAR, la Universidad de Cuyo, dirigida entonces por el Rector Armando Bertranou le entregó a Zea el Doctorado Honoris Causa. Mucha satisfacción le produjo esta distinción. De los muchos doctorados que recibió en su vida, los de las universidades de nuestra América tenían para él mucha importancia y éste de la Universidad de Cuyo ocupó siempre un lugar importante en nuestra casa. Me decía que era especial, además, porque era el reconocimiento que tenía de la universidad de la cual soy egresada.

Grandes fueron las ligas intelectuales y de amistad con Mendoza y los mendocinos pero mucho más fueron los lazos familiares en los últimos veinticinco años. Viajamos a mi ciudad natal casi todos los años. En una oportunidad, en el aeropuerto, un periodista del diario *Los Andes* que lo reconoció, le preguntó si había algo en Mendoza que lo motivara a viajar con tanta frecuencia y le contestó: "Sí, la señora".

En el círculo familiar ocupó desde hace años un lugar importante nuestra sobrina Verónica Norton. De ella decía que era la nieta que le gustaría tener. En 1989 nos acompañó a Europa para el Bicentenario de la Revolución Francesa. En los diferentes países que visitamos estaba encantado de ver la fascinación con que Verónica descubría la Europa que había estudiado tantos años en la Facultad de Filosofía. En los últimos días de su vida, cuando Verónica llegó a acompañarlo,

por casi diez días, estaba realmente emocionado. Afortunadamente hizo una magnífica relación con su marido Diego Arenas, con quien lo unía la pasión por la política. A toda mi familia se vinculó mucho, a los grandes y a los niños, a quienes les tenía un especial cariño.

Antes de morir me dejó un encargo que me ha resultado más difícil de cumplir de lo que imaginaba. Quería que sus cenizas las esparciera en América Latina. Las que llevé a Mendoza me acompañaron a dejarlas mi hermana, Verónica y Diego. Ahí se quedaron en la Plaza Independencia. Difícil no sólo para mí sino también para mi familia, ya que esta práctica de las cremaciones, muy frecuente en México, no se estila todavía en la Argentina.

En el último libro que Zea organizó *El Nuevo Mundo y los retos del nuevo milenio*, cuya edición digital se realizó en Estados Unidos en 2003 y que próximamente publicará en Caracas la Editorial Monte Ávila, puso un prólogo en el que termina diciendo: “Agradezco especialmente al doctor José Luis Gómez-Martínez, catedrático de la Universidad de Georgia y responsable del Proyecto Ensayo Hispánico, la oportunidad que me ha brindado para dar a conocer una experiencia que gozo y gozaré aunque me duela. Simbólicamente, parte de esta experiencia es mi encuentro en el extremo sur de nuestro continente con mi esposa María Elena Rodríguez Ozán, que es parte de mi vida y la encontré al otro extremo de la América de la que México es cabeza”.